

SOBRE CÁNTICO DE JORGE GUILLÉN

Discurso pronunciado en la recepción del mismo Premio.

Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad de Cantabria, Excmas. autoridades, señoras y señores:

Permítaseme comenzar de una manera poco frecuente con una pregunta retórica: ¿ustedes creen que un joven que vino a esta Universidad en 1933 podía imaginar que sesenta años más tarde tendría que dar las gracias aquí mismo por un premio semejante? Porque muchas veces he presumido impudicamente de haber sido un hombre muy afortunado por haber obtenido una beca para venir a los cursos de Verano de esta Universidad el primer año que funcionaba, «y además me dieron treinta duros para gastos, cantidad muy importante para la época» (y todavía conservo una foto en la que aparece don Fernando de los Ríos, vestido de chaqué, viendo desfilar a unos soldados). Llegamos los de Zaragoza una tarde lluviosa a la Magdalena, y el primero que nos saludó fue don Pedro Salinas, y me impresionó tanto, que aún recuerdo la chaqueta de cheviot que llevaba. Como todos los de mi generación, yo almacenaba ya un buen caudal de lecturas: Unamuno, Azorín, Juan Ramón, Salinas, Guillén, García Lorca, Ortega y Gasset, la *Poesía juglaresca y juglares* de don Ramón Menéndez Pidal, más los tomos de la poesía medieval de don Marcelino Me-

néndez y Pelayo, y los de los *Orígenes de la novela*, que tanto exploté para mis oposiciones a cátedras de Instituto. Fui a todas las conferencias, hasta a las del físico Miguel Ángel Catalán sobre espectrografía, de la que nunca supe nada. Estaban en la primera fila sus suegros, don Ramón Menéndez Pidal y doña María, mientras Jimena colocaba las diapositivas en un proyector. Conocí también a Navarro Tomás, Vossler, Bataillon, y vi a un joven Zubiri hablar con los grandes físicos europeos y a García Lorca leer el romance de la muerte de Alvar González de Antonio Machado mientras lo representaban los de La Barraca, pero sin hablar, como figuras de retablo de ciegos.

De la Magdalena arrancan amistades entrañables, como las de Emilio Orozco, Carmen Castro, hija de don Américo, Francisco Ynduráin y Jorge Guillén, por ejemplo. Y puesto que este año se conmemora el Centenario del nacimiento de don Jorge, hablar de su obra poética *Cántico* me ha parecido el tema apropiado para dirigirme hoy a Vds.

Para entonces, yo ya había leído *Cántico*, y me había interesado tanto, que le dije a Jorge Guillén aquí, en la Magdalena, que pensaba escribir un ensayo sobre él, lo que le sorprendió mucho; pero aún le sorprendió más saber que pensaba hacer mi tesis doctoral con la edición y el vocabulario de las obras completas de don Juan Manuel, cuyo *Libro Infinido* había comenzado a copiar. Guillén me dijo que hablase con don Ramón, lo que no hice, como es lógico, porque ¿quién se acercaba a Menéndez Pidal con semejante pretensión? Lo cierto es que terminé en el Instituto de Cuevas del Almanzora mi edición del *Libro Infinido* y un ensayo sobre *Cántico*, que tenía hasta el vocabulario completo y que no publiqué porque don Jorge me dijo que tardaría muy poco en aparecer la segunda edición muy aumentada. Al final de curso nos citamos en Madrid. El 30 de junio de 1936 me firmaba el nuevo *Cántico* en el Café de la Bolsa, y pocos días más tarde recibía en Zaragoza su Selección del *Libro de los Cantares* de Fray Luis de León. ¡Poco imaginaba nuestro poeta que más de cincuenta años más tarde yo me vería obligado a citarlo en mi edición crítica del *Cantar*!

Y ahora permítanme Vds. un breve paréntesis en el que dé alguna muestra de mi vanidad, porque todos somos vanidosos, unos más y otros menos. En 1949, escribí, junto con Ricardo Gullón, un libro titulado *La poesía de Jorge Guillén*, compuesto por dos estudios independientes. Años más tarde, en 1970, publiqué una edición crítica del *Cántico* de 1936 en la colección de la Editorial Labor que dirigía Francisco Rico, y que fue la primera edición crítica que se hizo de un poeta vivo. Pero, y este pero no es precisamente el del «puente de los peros» de Gracián, después logré también publicar las obras completas de don Juan Manuel, con su vocabulario correspondiente, cumpliendo casi el proyecto que le dije a don Jorge años antes. Y ahora podemos seguir.

Nos carteamos con frecuencia, porque Guillén era muy aficionado a las epístolas, pero no volví a verlo hasta 1950, en otros cursos de verano, en Middlebury, cerca del Canadá, donde estuve de nuevo con Pedro Salinas, Navarro Tomás, Ángel del Río, Francisco García Lorca, con su mujer, Laura de los Ríos, José F. Montesinos, María de Unamuno, Juan Marichal y Solita Salinas. Con Salinas y don Tomás Navarro recordamos más de una vez los cursos de la Magdalena. Vinieron a verme Jorge Guillén y Amado Alonso y éste me llevó a su casa de Cambridge y más tarde fui a la de Guillén en Wellesley, en cuyo College enseñaba. Tuvo la delicadeza de dejarme ver todos los originales de *Cántico*, que guardaba cuidadosamente en unos sobres de color beige. Como yo me admirase de que un poema tan breve como una décima tuviese tantas páginas de texto, don Jorge me dijo que nunca escribía un boceto de un poema. «Voy anotando todo lo que se me ocurre, como en una película». Me regaló, además, doce poemas autógrafos y una variante. Y aún en octubre de 1951 me trajo a Zaragoza los autógrafos de su primer *Cántico*, junto con otros poemas que no había incluido en el libro.

Frente a sus compañeros de generación, Jorge Guillén tardó bastante en publicar un libro. Él mismo reconoce que no fue un poeta precoz: «El autor de estas poesías no ha sido precoz; empezó a versificar cuando tenía veinticinco años. Era

en París y en 1918. ¿Por qué no lo había intentado antes? Porque no se atrevía». Alguna vez dijo: «Lo daría todo por escribir un libro de versos».

Pensaba ya Guillén en una obra como unidad orgánica. Le fascinaba la construcción rigurosa de *Les fleurs du mal*; descubrió más tarde *Leaves of Grass*. En 1919, *annus mirabilis*, durante el verano, en una playa francesa de la Bretaña, —Tregastel— comenzó a surgir lo que se llamaría *Cántico* cuando apareciese en Madrid, en 1928.

La primera edición recoge sólo 75 poemas agrupados en 7 partes y casi todos los poemas habían aparecido en revistas de 1920 a 1928, por lo que Jorge Guillén era ya un poeta muy conocido y admirado. La segunda, publicada por Cruz y Raya en 1936, añadía 50 poemas, distribuidos en cinco partes. La tercera edición, subtitulada *Fe de vida*, se publica en México en 1945, y contiene ya 270 poemas. La cuarta apareció en Buenos Aires, en 1950, y consta de 334 poemas, distribuidos en las mismas cinco partes. La quinta edición está incluida en *Aire nuestro*, publicada en Milán en 1968, y contiene los mismos poemas que la anterior, con variantes de puntuación. Detrás figuran otras dos obras de Guillén, *Clamor* y *Homenaje*.

Cántico se escribe, por tanto, entre 1919 y 1950, como el propio poeta señala en *Aire nuestro*. Los poemas de las dos primeras ediciones son de 1919-1936, al paso que los de las dos siguientes se fechan entre 1936 y 1950. Estas fechas son ya muy elocuentes. Los ánimos europeos, la sensibilidad, las corrientes artísticas, filosóficas y sociales de la primera posguerra europea distarán mucho de los de la siguiente, y eso sin tener en cuenta la decisiva fecha española de 1936. Y todo ello, como es lógico, dejará su huella en *Cántico* y en las obras posteriores *Clamor* y *Homenaje*. Los títulos son ya muy reveladores y más aún si recordamos que *Clamor* se publicó antes en tres volúmenes separados, *Maremagnum* (1957), ... *Que van a dar en la mar* (1960) y *A la altura de las circunstancias* (1963). Pero es verdad también que muchos de los temas, formas estilísticas, entusiasmos, penas y felicidades de *Cántico* seguirán, ahondados, junto a temas muy distintos, en las dos últimas

obras. El propio Jorge Guillén nos dice textualmente: «Se podrían mencionar numerosos pasajes que mostraran la coherencia entre las dos series. Más aún: no se disocian los valores positivos y negativos en esta visión unitaria». Unir *Homenaje* a *Cántico* tampoco es tarea difícil: bastan los títulos. Si *Cántico* es la más bella exaltación de la realidad natural, ahistórica, *Homenaje* es también la más bella exaltación española de un mundo histórico, pasado o presente: lecturas, amigos, ciudades y circunstancias diversas que han emocionado o interesado al autor. *Homenaje* de uno de los más singulares y generosos poetas, gozoso de rendirlo, sin que falten, como en *Cántico* y *Clamor*, notas elegíacas, dolientes, o irónicas y mordaces.

Señalemos además algo evidente: la suprema originalidad de *Cántico*. Por eso José María Valverde pudo escribir: «La obra de Jorge Guillén, dentro de la historia de la poesía, constituye un caso extraño y extremo, de singularidad única e irrepetible».

La segunda nota singular es el anhelo de perfección con que Guillén escribirá sus poemas. Los pule con verdadera paciencia horaciana y un encendido fervor, lo mismo los inéditos que los publicados en revistas anteriores a 1936. Guillén, al revés de tantos y tantos poetas, no tacha ninguna palabra, como pude ver en sus originales, prefiriendo anotar todas las posibilidades, con una abundancia de léxico e imaginación realmente extraordinarias.

La segunda edición de *Cántico* reproduce la primera, aumentada en cincuenta poemas, que ahora se agrupan en cinco partes, y a partir de la tercera, todas comienzan con un poema sobre el amanecer y acaban con otro sobre el anochecer, el sueño o el amor. El propio autor dice muy bellamente: «El trabajo lento del poeta marchaba espontáneamente en una constante dirección. Todo procedía de un solo manantial y seguía un curso nunca previsto y siempre fiel a su arranque. Los poemas se relacionaban entre sí desde dentro. Así fue imponiéndose una orientación nada artificiosa... Los versos dirigidos hacia una sola meta, se derivaban de múltiples ocasiones, apoyados en la experiencia, ahincados en circunstancias de lu-

gar y tiempo... De este modo, a pesar de tantas vicisitudes, a través de lustros muy revueltos, fue realizándose una poesía de afirmación. Afirmación del ser y del vivir. Ya lo expresa el subtítulo de *Cántico*, *Fe de vida*. Fe en la vida manifestada a lo largo de las cinco partes de la obra». La originalidad de *Cántico* no se acaba aquí. *Cántico* es sólo eso: cántico, y por ello es el libro más jubiloso que conoce la poesía española de todos los tiempos. Dámaso Alonso dice con su habitual perspicacia: «Parece un libro de poemas; pero es, ante todo, un grito gozoso y maravillado, una interjección única, ampliada, intensificada».

Cántico comienza con un poema «Advenimiento», seguido de otro titulado «Más allá», que pasará a ser el primero en las restantes ediciones, porque constituye de hecho una introducción explicativa; casi una condensación de todo el libro. El poema comienza:

El alma vuelve al cuerpo,
Se dirige a los ojos
Y choca —¡Luz! Me invade
Todo mi ser. ¡Asombro!

El poeta existe desde el instante preciso en que comienza a ver, aunque sean cosas tan cotidianas como el balcón, los cristales, la mesa, unos libros:

¿Nada más esto? Sí,
Maravillas concretas.

El «Ateneo gozoso», como llamaba yo al autor de *Cántico*, puede extraviarse por cualquier parte, porque en todas le aguarda la plenitud del mundo.

Pero también el ser, encargado ya, objetivado, deberá estar en un lugar y en un tiempo. «Estar —dice el poeta— constituye la consumación del 'ser'. Realidad aquí y ahora», porque nada es sin temporalidad. Pero el tiempo en Guillén no es, precisamente, el tiempo barroco, o el romántico o el de los impresionistas. Se trata de un tiempo mucho más original: Es un presente total, en el que subyacen el pasado y el futuro.

El poeta quiere detener el tiempo «entre dientes y labios», dice: «y los gózos de ayer / Van por hoy a siempre); y aunque el tiempo vuela, cada minuto «siente que seduce una voz a su trabajo», salvando así las maravillas de la creación. Son rarísimas las notas melancólicas en *Cántico*, porque «la memoria es pena», había escrito antes.

De ahí también que ese libro gire alrededor de lo que ve y hace un hombre en un día, aunque este día esté «parado en su mediodía». Salinas escribía: «Es la de Guillén poesía de la realidad en las realidades». Ya dije antes cómo en los *Cánticos* de 1945 y 1950, cada parte se abre con un poema sobre el amanecer o el despertar.

Guillén, que tiene con el sol «la eterna cita», resultará por eso el mejor cantor del mediodía, como se ve en su décima titulada precisamente «Perfección»:

Queda curvo el firmamento,
Compacto azul, sobre el día,
Es el redondeamiento
Del esplendor: mediodía.
Todo es cúpula. Reposa,
Central sin querer, la rosa
A un sol en cenit sujeta.
Y tanto se da el presente
Que el pie caminante siente
La integridad del planeta.

Al llegar la noche, el círculo se cierra, pero Guillén ama con fervor la noche estrellada, con la misma pasión que Fray Luis. Sin embargo, su visión de la noche distará mucho de cualquier otra, como pasará con el tema del sueño, que nada debe tampoco a los tópicos bien conocidos. El sueño no es un motivo de desasosiego, ni menos todavía una «ímago mortis». Se rendirá suavemente a esas «potencias breves», como dice una vez. Y de nuevo todo lo inventará el rayo de la aurora... Por eso escribe: «Amanece, amanezco». Pero ¿qué ha ocurrido con los más viejos temas de la lírica universal: el amor y la muerte? ¿Es que han desaparecido de ese mundo mágico y paradisiaco? No, no han desaparecido, al revés, no sólo están

muy presentes sino que ofrecen también una originalidad extraordinaria en todo y por todo. Precisamente el *Cántico* de 1936 se enriquece con algunos poemas, como «Salvación de la primavera» y «Muerte a lo lejos» que son de los más bellos, de su autor.

Tanto el amor como la muerte han acumulado una abundante bibliografía desde la antigüedad a nuestros días. Pero en Jorge Guillén la expresión de lo amoroso deberá muy poco a los tópicos tradicionales, y así ni siquiera se nos dirá cómo es la amada. Partiendo, como ya hemos visto, de la realidad absoluta, el poeta nos dice claramente que todo «deberá ascender hasta el amor». Y no porque el amor sea el principio que mueve el sol y las otras estrellas. Merced a este acuerdo alcanzamos plenitud de realidad. Se consigue así en su más rigurosa apretura la unidad de alma y cuerpo. El 'aquí' y el 'ahora' están obligados, bajo el amor, a rendir su mayor tesoro. Surge y resurge —en un renaciente cantar de cantares— el acto de amor».

El tema había aparecido ya en el primer *Cántico*, en los poemas «Los amantes», «Paso del amante» y «Desnudo»; pero cristalizará definitivamente en el titulado «Salvación de la primavera», extenso poema que cierra la primera de las cinco partes del *Cántico* de 1936. Recuérdese que ya dijimos cómo el primer poema, «Más allá», iniciaba la explicación poética de la conquista de la realidad; en «Salvación de la primavera» se alcanza la unión y la plenitud con esa realidad, como explica el propio Guillén y observaron ya comentaristas como Casaldueño y Gil de Biedma.

El amor en *Cántico* es un elemento de la realidad tan puro como el agua y la luz, comenzando porque la amada es presentada como un amanecer, o poco menos, capaz de convertir el mundo en «fábula irresistible».

Lo más característico de estos poemas es precisamente algo muy nuevo en nuestra historia poética: el ennoblecimiento, la dignificación total de la posesión de la amada. Porque el amor en *Cántico* es posesión, pero nada tiene de turbio o vergonzante; al revés, tiene la enorme dignidad de la naturaleza

misma, y los amantes son tan naturales como la luz o el aire. En el poema titulado «Anillo» se leerá esta declaración de principios:

¡Luz nada más! He ahí los amantes.
Una armonía de montes y ríos,
Amaneciendo en lejanos levantes,
Vuelve inocente los dos albedríos.

Pero en medio de este goce, casi de repente, aparece la idea de la muerte. Sin embargo, no dejan de ser muy significativas dos notas que observó por primera vez Gil de Biedma: el poema 60 del *Cántico* de 1936 se titula «De paso por la tristeza», y el célebre soneto «Muerte a lo lejos» tiene una variante muy reveladora: en la edición de 1936 se lee:

Y acatando el inminente
Poder diré con lágrimas:
Embiste, justa fatalidad.

En las ediciones siguientes escribe «diré sin lágrimas». Estas dos notas, «con lágrimas», «sin lágrimas» guardan una muy estrecha y clara relación: aceptar con suprema elegancia que alguna vez, si le «angustia una certeza», o «si el muro cano» va a imponerle «su ley, no su accidente», consentirá también, como Jorge Manrique, en su morir, como antes ha consentido en su vivir, según dice en la dedicatoria de *Cántico*.

Gil de Biedma, tan buen poeta a su vez, dice que «para Guillén la muerte no da sentido a la vida: es nada más el precio de ella y su obligado final. En cierto sentido, el hombre no muere: algo ajeno y brutal le da muerte. Pero ya que nos es dada, no queda otro remedio que aceptarla y que apropiárnosla muriendo dignamente, para que ella sea la mejor demostración de que merecimos la vida». Estamos en presencia de lo que el filósofo Eugenio Frutos llamó «existencialismo jubiloso» y muy lejos de las ideas sobre la muerte de Quevedo o Gómez de la Serna cuyo título *Automoribundia*, es tan revelador.

Cuando se dice la conocida frase de el estilo es el hombre, lo que en realidad quiere decirse es que el hombre, cada

cual, es un estilo total, con toda su originalidad a cuestas y que ese estilo es su respuesta al enfrentamiento con la realidad, a su manera de habérselas con las cosas y las personas. Cómo se enfrenta Jorge Guillén con la realidad ya lo hemos visto: con una fruición pasmosa, con un gozo que le brota de lo más hondo de su propio existir; pero también con una lucidez extraordinaria, con una agudísima claridad mental; y lo que va a singularizar su estilo va a ser precisamente la expresión de esa lucha entre la más pura emoción y la inteligencia. Esa búsqueda de un equilibrio, sostenido con sabiduría ejemplar, dará a *Cántico* su mayor originalidad estilística, y hasta su aparente, y a veces real, dificultad. El vocabulario de *Cántico* puede colocarse en dos columnas agrupadas bajo las enseñas de la emoción y de la inteligencia, como en estos ejemplos:

Asombro	Exactitud
Ardor	Nivel
Ansia	Perfección
Frenesí	Término
Dicha	Perfil

Estas dos fuerzas tan claras, y tan contrarias, al menos en apariencia, darán origen a una serie de recursos estilísticos muy originales.

Al preguntarse el poeta «¿Qué es ventura? y responderse a sí mismo «Lo que es», se sitúa ya ante un mundo que le asombra y subyuga, que, literalmente, le pasma. Este asombro y esta emoción pasan íntegros a *Cántico* y se traducen en una fórmula exclamativa, muy frecuente a lo largo de la obra. Guillén no reprime ese impulso elemental, aunque vigile atentamente su ímpetu: «¡Luz! ¡Asombro! ¡Día! ¡Salve! son cuatro exclamaciones que condensan todo el poema «Más allá», de donde proceden. Esta violencia elemental, tan bien estudiada por Dámaso Alonso, se traduce a veces en tiradas de versos exclamativos, sin nexos y sin verbos, como ocurre al final de «Salvación de la primavera», cuyos veinte versos últimos no

tienen ni un solo verbo, para terminar con unas repeticiones insistentes:

¡Tú, más aún: tú como
Tú, sin palabras, toda
Singular, desnudez
Única, tú, tu sola!

La admiración eleva su tono muchas veces con el uso de *cuánto* y *tanto* inicial, o interno, con o sin signos exclamativos:

¡Cuánto sol, sol y yo!
¡Sálvame así, Tiempo
Perdido en la orilla
Libre, tanto amor,
tanto azar, las islas.

Lo mismo sucede con el adverbio *más*, cuya frecuencia se nota hasta en el título del poema más significativo: *Más allá*

¡Más allá! Cerca a veces,
Muy cerca, familiar.

El agua, desnuda,
Se desnuda más.
¡Más, más, más! Carnal,
Se ahonda, se apura.

La nota emocional sube de tono con el uso del *sí*, jubiloso y afirmativo, que llegará incluso a personificarse:

La tierra me arrebató sin cesar este sí
Del pulso, que hacia el sol me inclina zahorí.

En relación muy elevada con el uso del *sí*, Valverde encontraba otro adverbio, *ya*, cuya frecuencia es parecida a la otra. «La poesía de Guillén —dice— es el grito de la llegada definitiva al mirador del ser total, poniendo el mundo en limpio de una vez, clavado en el éxtasis desde ahora, o mejor, como dicen los argentinos «desde ya»; porque esto es lo fundamental

en esta poesía, el haber llegado ya a ser». Valverde copia numerosos ejemplos, pero basten aquí:

¡Sin mí son y ya están
Proponiendo un volumen...
De un caos ya vivo

«Se trata, añade Valverde, del 'haber' llegado a ser, de haber accedido, a través de la mirada del poeta, hasta su horizonte de luz definitivos e ideales»:

Dada la afición del propio Guillén por el diálogo y a ese acorde armonioso que quiere establecer con la realidad, no puede causar sorpresa la frecuencia de la fórmula interrogativa, que «no responde tanto a un preguntar algo como a un preguntarse por la exactitud de algo que se sabe ya, y también a afirmar cierta posibilidad que luego es confirmada o desechada:

¿Y se perdió aquel tiempo
Que yo perdí? La mano
Dispone, dios ligero,
De esta luna sin año.

Señalemos, por último, que la palabra poética en *Cántico* está funcionando exclusivamente dedicada a nombrar con exactitud y precisión el mundo de la realidad. Quiero decir que la palabra en Guillén no es sugeridora, ni intensificadora como en Góngora o Quevedo, sino algo mucho más simple: palabra denominadora, y buscada con agudeza mental extraordinaria para que diga sólo aquello que quiere decir el poeta, sin adherencias de ninguna clase. Este gusto por la palabra exacta, por la desnudez y la limpidez, es el que lleva a la *nominación*, recurso que Guillén prodiga a lo largo de *Cántico*. La ausencia de verbos es lógica en una poesía donde la actividad es mínima comparada con el gozo de ordenar un mundo visible:

Castillo en la cima,
Soto, raso, era,
Resol en la aldea,
Soledad, ermita.

¡Gozos, masas, gozos,
Masas, plenitud,
Atónita luz
Y rojos absortos.

Pero si volvemos a recoger la aguja de navegar de este mundo poético, en seguida apuntará de nuevo a la metafísica del poeta, que por amar tanto la realidad, todo en *Cántico* tiende a una vivificación, todo se personaliza y adquiere virtudes humanas:

La luz piensa
Colores con un afán
fino y cruel.
Las más claras distancias
Sueñan lo verdadero.

Aquí puede verse también el gusto por la abstracción, del que nacerán lo que yo llamé hace muchos años «imágenes para ojos mentales», para distinguirlas de las imágenes puramente sensoriales. Si Guillén dice una vez: «el poder esencial lo ejerce la mirada», otra vez dirá que «inteligencia es ya felicidad». Esta inteligencia tiene también sus ojos, ojos que verán un mundo inusitado, dando origen a multitud de imágenes o de metáforas infrecuentes en la poesía española. Por ejemplo:

Sola silba y se desliza
La longitud del camino
Por el camino.

En el poema titulado «Naturaleza viva» casi llega a formular su teoría:

¡Tablero de la mesa
Que, tan exactamente
Raso nivel, mantiene
Resuelto en una Idea.
Su plano: puro, sabio,
Mental para los ojos
Mentales, ...

Por último, recordemos que un hombre tan sensible a lo perfecto y acabado con un oído musical muy cultivado y de-

seoso siempre de vencer con obstinado ahínco las dificultades, era lógico también que se sintiese a gusto venciendo las dificultades de la palabra en el verso, de las rimas y de las estrofas. Su mérito por esta lucha es mayor si tenemos en cuenta que cuando Jorge Guillén inicia su labor poética, se están derrumbando las formas tradicionales en la poesía europea y nuestro gran poeta no participó en aquellos movimientos poéticos del *Ultraísmo* o del *Surrealismo*. A partir de 1923 Jorge Guillén va a dominar los moldes más difíciles y nos ofrecerá una espléndida colección de estrofas desde romances y sonetos a pareados de versos de endecasílabos y pentasílabos inusitados en la poesía española.

Pero Jorge Guillén no es sólo el autor de *Cántico*, porque siguió escribiendo y publicando hasta sus noventa años. *Y otros poemas* es su libro de los ochenta y *Final* su libro de los casi noventa. Precisamente el día que los cumplió escribió este poema que envió a un Homenaje que me dedicó la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona:

Noventa

I

Tengo tan buena suerte que soy nonagenario.
 No sé si algún poeta que hablase nuestro idioma
 Subió por el Parnaso a tan dichosa loma.
 El ritmo guía a veces por un mundo muy vario.

II

Cumplí mis noventa
 De modo natural.
 La vida cotidiana
 Va por su curso a un mar.

III

Cesaron las alharacas.
 Sin inquietud de monólogos,
 Voy sereno al desenlace
 Tan callando.

Pero sería injusto e ingrato que en estos momentos y en Santander no recordase que don Marcelino Menéndez y Pelayo fue desde aquí a estudiar a la Universidad de Barcelona, y tuvo como maestro a Milá y Fontanals, de quien hizo un elogio espléndido en 1903. En mi biblioteca tengo las obras completas de uno y otro, algunas en primeras ediciones, cuyas palabras tantas veces he debido de citar, y, como dice Dámaso Alonso: «Dios nos ha puesto al lado de ese portento: la obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo, para que tengamos a la mano un modelo que imitar y a la par un refresco de la soberbia (el gran pecado de los intelectuales). Modestos e incesantemente atareados, continuemos así su obra. Seamos así, verdaderamente, discípulos de don Marcelino».

Y me queda por decir lo que debí haber dicho al principio, que consiste en algo muy difícil y muy sencillo al mismo tiempo: dar las gracias por la gracia que he obtenido con este premio, tan inesperado e impensable y que tanto me honra, al colocarme al lado de personajes ilustres, que admiro profundamente, desde Octavio Paz a Martín de Riquer, pasando por don Emilio García Gómez y Julio Caro Baroja.

Ya ven Vds. cómo ahora, a los sesenta años de la primera, tengo otra razón, este Premio, para sentirme de nuevo afortunado en mi ya vieja relación con esta Universidad de Verano de Santander. A todos ustedes, muchas gracias.

JOSÉ MANUEL BLECUA